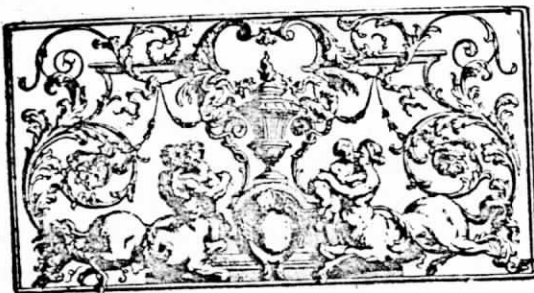


que la vieja infelice,
 por ir apresurada,
 dió en la calle tan fuerte costalada
 que se desolló el cutis de una pierna,
 y, por el golpe rota la linterna,
 perdió el cabo de vela y se vió a oscuras;
 ¡causa un porrazo muchas desventuras!
 La pobre, al fin, se levantó diciendo:
 —¡Ah Satanás maldito, ya te entiendo:
 mas no te bastarán tus tentaciones
 para que pierda yo mis devociones! —
 Entre tanto, tentaba
 el empedrado, por si el cabo hallaba,
 y tal fortuna tuvo
 que, al poco tiempo que buscando anduvo,
 dió con la erguida pieza del soldado,
 y al cogerla exclamó: —¡Dios sea loado! —
 Como no había allí dónde encenderla,
 tuvo en la faltriquera que meterla
 y, a la iglesia sus pasos dirigiendo,
 llegó quando la puerta iban abriendo.
 Oyó misa, y entró en la sacristía
 para encender su cabo;
 acercóle a una luz que en ella ardía,
 pero el maldito nabo

dió con la llama tal chisporroteo
 que apagó aquella vela.
 La vieja, al ver frustrado su deseo,
 al sacristán apela
 para que le encendiese;
 él le tomó, ignorando lo que fuese,
 y le arrimó a la luz de otra bujía;
 mas, como chispeaba y nunca ardía,
 de la vela a la llama
 le examina y esclama:
 —¡Cuerpo de Cristo! ¡Qué feroz pepino!
 Tómelo, hermana, usté, que tendrá tino
 para saber lo que con él se hace,
 que yo no enciendo velas de esta clase. —
 Atónita la vieja, entonces mira
 con atención al cabo, y más se admira
 que el sacristán, diciendo:
 —En cincuenta y tres años que siguiendo
 estuve la carrera
 de moza de portal y de tercera,
 no ví un cirio tan tieso y tan soplado.
 ¡Quién en sus tiempos se lo hubiera hallado!



EL CIEGO EN EL SERMÓN

Quam pulchræ sunt et amæ tuæ, soror mea, sponsa.

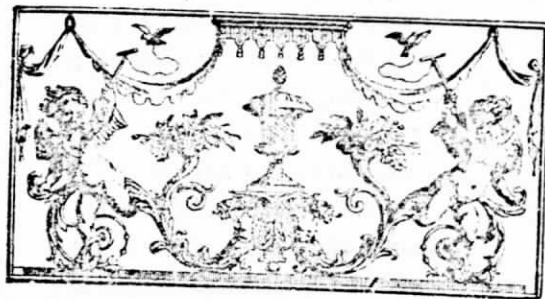
Predicaba un gilito en su convento
y, para comenzar, buscó al intento,
de la Escritura Santa en los lugares,
el texto que aquí va de los Cantares
en latín anotado,
y repitió en romance, acalorado:
—*¡Qué hermosas son tus tetas, oh mi hermana,
oh mi esposa! ¡Mejor hueles que el vino!*
Así hablaba a su amante soberana
Salomón, lleno del amor divino.—
Luego que espuso el amoroso texto,
escondió bajo el hábito las manos
y siguió su sermón diciendo: —Hermanos,

¿hasta qué extremo habrá de llegar esto?—
Un lego que, calada la capilla,
del púlpito en la angosta escalerilla
sentado, al reverendo acompañaba
y el sermón escuchaba,
dixole en tono baxo:

—No se tenga las manos ahí debaxo,
padre; sáquelas fuera prontamente,
porque quizás sospechará la gente
al ver su acción y oyendo cómo empieza,
hasta qué extremo ha de llegar la pieza.—

Oyólo el frayle y luego
las manos saca y sigue predicando;
pero, entre tanto, el lego
(o porque, el verde texto recordando,
sintió el vicio en sus partes exaltarse,
o porque no quería ocioso estarse
mientras se predicaba)
pensó lo mismo hacer que sospechaba
al principio del frayle reverendo,
con su negocio el tiempo entreteniendo.
A este fin, colocado en la escalera,
puso el hábito en hueco bien afuera,
las manos ocultando;
y, su cumplido miembro enarbolando,

empezó su recreo;
 mas, porque no pudiese algún meneo,
 de un modo involuntario,
 su fuego descubrir extraordinario,
 siempre que se encogía o empujaba
 o algún suspiro el gusto le arrancaba,
 ponía su semblante compungido
 diciendo: —¡Ay, Dios, y cómo te he ofendido!—
 Al tiempo que la empresa concluía,
 el glutinoso humor que despedía,
 ardiente como fuego,
 en los ojos cayó de un pobre ciego
 que escuchaba el sermón allí debaxo
 y exclamó: —¡Jesucristo, y qué gargaxo
 me han echado, que pega cual jalea!
 ¿No ven que estoy aquí? ¡Maldito sea
 y ciego como yo quede del todo
 quien sin mirar escupe de ese modo!



LAS LAVATIVAS

Cierta joven soltera
 de quien un oficial era el amante
 pensaba a cada instante
 cómo con su galán dormir pudiera,
 porque una vieja tía
 gozar de sus amores la impedía.
 Discurrió al fin meter al penitente
 en su casa, y, fingiendo que la daba
 un cólico bilioso de repente,
 hizo a la vieja, que cegata estaba,
 que un colchón separase
 y en diferente cama se acostase.
 Ella en la suya, en tanto,
 tuvo con su oficial lindo recreo,

dándole al dengue tanto
que a media voz, en dulce regodeo,
suspiraba y decía:

—¡Ay...! ¡Ay...! ¡Quánto me aprieta esta agonía!—

La vieja cuydadosa,
que no estaba durmiendo,
los suspiros oyendo,

a su sobrina dixo cariñosa:

—Si tienes convulsiones afflictivas,
niña, yo te echaré unas lavativas.—

—No, tía (ella responde), que me asustan.—

—Pues si son un remedio soberano...—

—¿Y qué, si no me gustan?—

—Con todo, te he de echar dos por mi mano.—

Dixo, y en un momento levantada,
fué a cargar y a traer la arma vedada.

La mozueta, que estaba embebecida

quando llegó este apuro,
gozando una fortísima embestida,

pensó un medio seguro
para que la función no se dexase
ni a su galán la tía allí encontrase;

montó en él ensartada,
tapándole su cuerpo y puesta en popa,
mientras la tía, de geringa armada,

llegó a la cama, levantó la ropa
por un ladito y, como mejor pudo,
enfiló el ojo del rollizo escudo.

En tanto que empujaba
el caldo con cuydado,

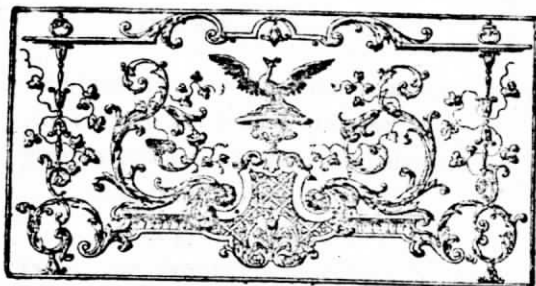
la sobrina gozosa respingaba
sobre el cañón de su galán armado,
y la vieja, notando el movimiento,
la dixo:—¿Ves como te dan contento
las lavativas, y que no te asustan?

¡Apuesto a que te gustan!—

A lo qual la sobrina respondió:

—¡Ay!, por un lado sí, por otro no.





LA FUERZA DEL VIENTO

En una humilde aldea el Jueves Santo
la pasión predicaban y, entre tanto,
los payos del lugar que la escuchaban
a lo vivo la acción representaban
imitando los varios personajes
en la figura, el gesto y los ropages.

Para el papel sagrado
de nuestro Redentor crucificado
eligieron un mozo bien fornido
que, en la cruz estendido
con una tunicuita en la cintura,
mostraba en lo restante su figura,
a los tiernos oyentes, en pelota,
para excitar su compasión devota.

La parte de María Magdalena
se le encargó a una moza ojimorena,
de cumplida estatura
y rolliza blanca,
a quien Naturaleza en la peñera
puso una bien provista cartuchera.
Llegó el predicador a los momentos
en que hacía mención de los tormentos
que Cristo padeció quando espiraba
y su muerte los orbes trastornaba.

Refirió, entusiasmado,
que con morir aniquiló el pecado
original, haciendo a la serpiente
tragarse a su despecho, aunque reviente,
la maldita manzana
que hizo a todos purgar sin tener gana.
Esto dixo de aquello que se cuenta,
y después su fervor aun más aumenta
contando los dolores
de la Madre feliz de pecadores,
del Discípulo amado,
y, en fin, del sentimiento desgarrado
de la fiel Magdalena,
la que, entre tanto, por la iglesia, llena
de inmenso pueblo, con mortal congoja

los brazos tiende y a la cruz se arroja.
Allí empezó sus galas a quitarse
y en cogollo no más vino a quedarse,
con túnica morada
por el pecho escotada
tanto, que claramente descubría
la preciosa y nevada tetería.

Mientras esto pasaba,
el buen predicador siempre miraba
al Cristo, y observó que por delante
se le iba levantando a cada instante
la tuniquilla en pabellón viviente,
haciendo un borujón muy indecente.

Queriendo remediarlo
por si el pueblo llegaba a repararlo,
alzó la voz con brío
y dixo:—Hermanos, el vigor impío
de los fieros hebreos se aumentaba
al paso que la tierra vacilaba
haciendo sentimiento,
y la fuerza del viento
era tal, que al Señor descomponía
lo que sus partes púdicas cubría.—
Apenas oyó Cristo este espediente
quando, resucitando de repente,

dixo al predicador muy enfadado:
—Padre, el juycio sin duda le ha faltado.
¿Qué viento corre aquí? ¡Qué berengena!
¿Las tetas no está viendo a Magdalena?
Hágala que se tape,
si no quiere que el Cristo se destape
y eche al ayre el gobierno
con que le enriqueció su Padre Eterno.





LA POSTEMA

Érase en una aldea
un médico ramplón, y a más casado
con una muger joven y no fea,
la que había estudiado
entre los aforismos de su esposo
uno u otro remedio prodigioso
que, si él ausente estaba,
a los enfermos pobres recetaba.
Su caridad ejercitando un día
la señora Quiteria (este es su nombre),
vió que a su puerta había
un zagalón, ya hombre,
que a su esposo buscaba
porque alguna dolencia le aquejaba.

Parecía pastor en el vestido,
y a Febo en la belleza y la blancura,
mostrando en su estatura
la proporción de un Hércules fornido,
tanto, que la esculapia, alborotada,
cayó en la tentación. ¡No somos nada!

Hizo entrar al pobrete,
ya con mal pensamiento, en su retrete,
en donde le rogó que la explicase
la grave enfermedad que padecía,
porque sin su marido ella podía
un remedio aplicar que le curase.

—¡Ay, señora Quiteria! (el zagal dixo).

Yo por lo que me aflixo
es por no hallar remedio suficiente
para el mal que padezco impertinente.
Sepa usted, pues, que así que me empezaron
las barbas a salir y me afeytaron,
también me salió vello
alrededor de aquéllo,
y cátrate que, a poco, tan hinchado
se me puso que... ¡vaya!
no podía jamás tenerlo a raya.
Yo, hallándome apurado
y de ver su tiesura temeroso,

pensé y vine a enseñárselo a su esposo,
el qual me lo bañó con agua fría,
con que se me afloxó por aquel día;
pero después a cada instante ha vuelto

el humor a estar suelto

y es la hinchazón tremenda.—

Dixo, y sacó un... San Cosme nos defienda,
tan feroz, que la médica al mirarlo
tuvo su cierto miedo de afloxarlo;

pero venció el deseo

de gozar el rarísimo recreo
que un virgo masculino la promete
quando la vez primera empuja y mete.

A este fin, cariñosa,
dixo al simple zagal:—¡Ay, pobrecito,
una postema tienes! Ven, hijito,
ven conmigo a la cama; haré una cosa
con que, a fe de Quiteria,
se te reviente y salga la materia.—

El pastor inocente
a la cura se apresta
y ella, regocijada de la fiesta,

le dió un baño caliente,
metiendo aquello hinchado
en el... ya usted me entiende acostumbrado,

con una habilidad tan estremada
y tales contorsiones,

que dexó la postema reventada
con dos o tres o más supuraciones.

Fuése el zagal, y, a poco, volvió un día
a la casa del médico, que estaba
sentado en su portal cuando llegaba;

y, viéndole venir, con ironía

díxole:—¡Hola! Parece, por tu gesto,

que se te ha vuelto a hinchar... Pues entra presto;

te daré el baño de aguas minerales

que suaviza las partes naturales.—

A que el pastor responde:—¡Guarda, Pablo!

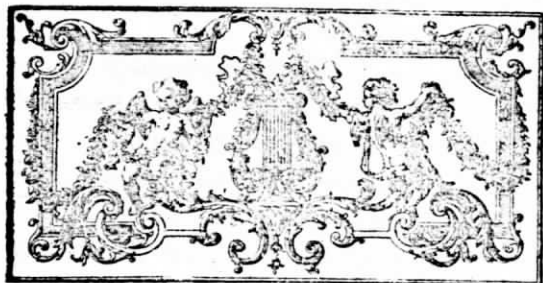
Para postemas, que reciba el diablo
ese baño que aplasta y que no estruja.

¡Toma! Cuando arrempuja

la señora Quiteria,

me la revienta y saca la materia.





LA RELIQUIA

Un confesor gilito
en opinión de santidad estaba,
por lo que despachaba
de penitentes número infinito.
Además, este padre reverendo
llevaba en un remiendo
de su negra pretina
cosida una reliquia peregrina
con muchas indulgencias
que evitaban penosas penitencias
siempre que con dos dedos la tocaba
al tiempo de absolver al confesado,
y así todo pecado
con esta ceremonia perdonaba.

De clases diferentes
el número creció de penitentes,
sabiendo la excelencia
de la nueva indulgencia
que este varón profundo
igualmente aplicaba a todo el mundo.

Una moza morena
llegó a sus plantas, de pecados llena,
con ojos tentadores, talle listo,
y unas tetas que hicieran caer a Cristo;
pues, conforme a la moda,
ya en taparlas ninguna se incomoda.

Empezó a confesarse
y, así que llegó al sexto mandamiento,
de torpes poluciones a acusarse
con tanta contrición, que el movimiento
de su blanca pechera
simpatizó del fraile el instrumento,
como era natural, de tal manera
que le causó cuidado
sentírselo de pronto tan hinchado.

La iglesia estaba oscura,
la gente no era mucha y, temeroso
de más descompostura,
el bendito varón acudió ansioso

al corriente remedio
de empuñar con recato por en medio
el miembro rebelado;
y esto fué tan a tiempo executado,
que hizo un *memento homo*
pasándole la mano por el lomo.

La moza acabó en tanto
su confesión, y dixo al varón santo:

—Écheme, padre mío,
la sacra absolución en que confío,
y aplíqueme, le ruego, la indulgencia
que su reliquia tiene,
pues la virtud que en ella se contiene
puede escusar más grave penitencia.—

Oyendo estas razones,
de su meditación medio aturdidó,
el frayle volvió en sí dando un ronquido;
sacó de sus calzones,
para absolver, la mano humedecida;
tocóla en la reliquia consabida
y, en vez de bendición, echó rijoso
a la moza un asperges muy copioso.

—¡Jesús! (ella exclamó). ¿Para qué es esto
que me ha echado en la cara?
Sintiera que pegado se quedara,

pues parece de gomas un compuesto.—
A que respondió el frayle:—Eso, sin duda,
es, ¡ay!, que ha cometido un gran pecado,
hermana, y perdonárselo ha costado
tanto, que a mares la reliquia suda.





EL AJUSTE DOBLE

A casa de una moza un estudiante
llegó, pobre y tunante,
y por poco dinero
le pidió algún carnal desagadero.
—No puedo socorrerle en ese apuro
(ella le dixo) sin que pague un duro;
no lo hago más barato
porque anda malo el tiempo y malo el trato.—
Llevaba el estudiante únicamente
el duro que la moza le pedía,
mas no le convenía
gastarle en un desagüe solamente,
y así la respondió:— Por el dinero
no habrá dificultad; pero primero

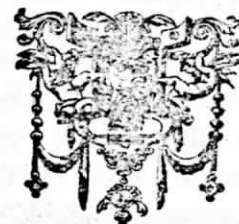
JARDÍN DE VENUS

71

haga la diligencia
menor en su orinal a mi presencia;
que yo, viendo su líquida corriente,
conozco si el rincón está doliente.—
—En eso no hay reparo—
la moza replicó; luego, la hizo,
y el estudiante avaro
con esto su deseo satisfizo,
porque, una tercia y algo más sacando
y el orinal alzando,
empuñó la qualquiera,
diciendo en su función pasamanera:
—Con caldo se contentan mis culadas,
porque valen muy caro las tajadas.—
La moza, de la treta arrepentida,
le dixo:— No prosiga, por su vida,
que yo no tengo el corazón tan duro
y se lo empuñaré por medio duro.
Al punto el estudiante, alborozado,
el partido aceptó, y en el estrado
junto a ella se coloca,
a su arbitrio dexando la bicoca.
La moza, con despejo,
ya le afloxa o aprieta,
ya le pliega el pellejo,

y en sus pasavolantes
 también dió en trastear con los colgantes.
 En tanto que él se holgaba,
 ella atenta observaba
 el crítico momento
 de la espulsión; y a cierto movimiento
 que hizo el pobre estudiante indicativo,
 tapando el agujero espeditivo
 le dixo:— Señor guapo,
 si no me dais un duro, no destapo.—
 Él, viéndose burlado en tal aprieto,
 la dixo:— Te lo doy si te lo meto,
 pues el ajuste doble que propones
 no es justo si debaxo no te pones.—
 La moza, que lo mismo deseaba
 para probar la pieza que empuñaba,
 se convino al instante
 a la proposición del estudiante,
 y quitóse la ropa
 en una santiguada,
 y, cogiendo la paga deseada,
 tendióse y la metió bajo su popa,
 y se prestó después al regodeo
 de su carnal deseo;
 y en tanto que retoza

y en undulantes giros se alborozaba,
 el estudiante, que acabó primero,
 cogió con disimulo su dinero;
 mas, quando iba a marcharse,
 le echó menos la moza al levantarse
 y le dixo:— Detente,
 porque se me ha perdido
 el duro que me diste;
 ayúdame a buscarle.—
 A que él repuso:— En tí podrás hallarle,
 pues como con tal furia te moviste,
 si baxo de las nalgas le has metido,
 le encontrarás en ellas derretido.





LA RECETA

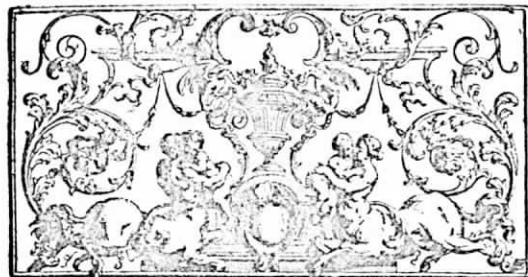
De histérico una monja padecía
y ningún mes contaba
las calendas purpúreas que aguardaba.
Al convento asistía
un médico arriscado
que por su ciencia conoció el estado
de la joven paciente
y cuál era el remedio conveniente,
y con oculta treta,
en papel reservado
entrególo a la sor como receta
cuyo espedito y breve contenido
de esta manera estaba concebido:
«Contra ese flato histérico receto

»un fregado completo
»en aquellos canales
»que los censos espelen mensuales.
»Yo, para esta faena,
»una tiente de carne tengo buena,
»con que ofrezco curarla
»y la matriz al par deshollinarla».
Esto leyó la monja y, afanosa
de cobrar su salud, pensó una cosa
con que deshollinada
quedase con la tiente deseada;
para ello, de repente,
con más fuerza el histérico accidente
fingió, de tal manera
que mandó la abadesa se tragara
el médico al momento,
y, sin desconfianza, en el convento
le pidió que quedase
en tanto que la monja peligrase.
Llegó la media noche y las campanas
a maytines tocaron;
las piadosas hermanas
de sus celdas al coro se marcharon,
quedando con la enferma una novicia
de bastante malicia,

y el médico, ajustándose su cuenta
de cómo engañaría a la asistenta.
Ésta, que recelaba el torpe empeño,
fingió ceder al sueño
y vió que el esculapio prontamente
montaba a la paciente
y que ella culeaba
mientras él la estrujaba
tanto, que la pobreta
tragaba suspirando la receta.
La novicia, por no llevar el gorro,
gritó: —¡Hermanas, socorro!
¡Acudan, que este médico maldito
a nuestra hermana pincha el conejito!—
Por pronto que a esta voz saltó del lecho
el agresor sin consumir el hecho,
las monjas, que volaron
a la celda, llegando a tiempo, vieron
lo que nunca tuvieron
y siempre desearon;
hallaron a la enferma destapada;
vieron, ¡ay!, enristrada
la tiente valerosa
del médico en el ayre y que, furiosa
porque su ocupación se le impedía,

con todas juntas embestir quería.
A tal vista, una clama: —¡Es un impío!—
Otra dice: —¡Qué escándalo, Dios mío!—
Otra, con mayor celo, repetía
que sobre sí el delito tomaría
para evitar que luego
llegue sobre el convento a llover fuego.
En tanto que gritaban, la abadesa
llegó dándose priesa,
en brazos de dos monjas apoyada,
con el peso encorvada
de ochenta y cinco años,
que le habían causado, entre otros daños,
almorranas, ceguera,
algo de perlesía y de sordera,
y una pronunciación intercadente
por hallarse su boca sin un diente.
Ésta, pues, enterada de la culpa,
vió que la delincuente se disculpa
mostrando la receta,
y adivinó que el médico operaba
con la tiente que en ella insinuaba.
La abadesa, discreta,
de la verdad queriendo cerciorarse,
en su nariz montó los anteojos

que eran auxiliares de sus ojos;
 mandó luego acercarse
 al galeno, que estaba bien armado
 por no haber la receta consumado,
 y, alzándole de prisa
 el cumplido faldón de la camisa,
 exclamó con presteza:
 —¡Bendígaselo Dios! ¡Soberbia pieza!
 La de mi confesor, que pincha y raja
 con dos palmos del vello a la cabeza,
 es un meñique al lado de esta alhaja.



LA POCA RELIGIÓN

En la Puerta del Sol, según costumbre,
 haciendo el corro andaba
 por la noche una moza
 que, aunque ya poca lumbre
 este oficio la daba,
 siempre la que lo egerce en él se goza.
 Al dar una virada,
 se halló de cierto quidam abordada,
 que, pidiendo matute,
 acompañarla quiso complaciente;
 y ella, sin que en la paga le dispute,
 a su casa conduxo al pretendiente.
 Los muebles que tenía por adorno
 eran un lecho grande y elevado,
 sillas en su contorno
 y una mesa, la qual el convidado,

porque cenar quería,
hizo cubrir de bodrios de hostería.
Los dos solos cenaron,
y a pasar se dispuso
toda la noche allí, según el uso,
el pagano; mas luego que llegaron
al momento festivo de acostarse,
vieron un hombre por la alcoba entrarse,
que, sacando un colchón del alto lecho,
lo echó al suelo y tendióse satisfecho.

Al verle el convidado,
a la moza le dixo, algo aturdido:
—¿Quién es este señor recién venido?—
Y ella le respondió:— Dexa el cuydado,
porque ese es mi marido
que viene a recogerse
y en nuestra diversión no ha de meterse.—
—Con todo, yo me voy (él la replica),
que no quiero que turbe mi descanso.—
—No hagas tal, que es muy manso
(ella le dice) y esto no le pica;
que ya en él es costumbre
vivir de su profunda mansedumbre.
Apaga la luz pronto,
y acostémonos ya; no seas tonto.—

El hombre obedeció, y entró en la cama;
pero, apenas la luz hubo apagado,
quando el marido esclama:

—¡Hay tal bellaquería!

¡Echarse de esa suerte, sin decoro!

¡Vaya, que semejante picardía
no pienso que se hiciese ni en el Moro!—

—¿Lo ves? (dixo a la moza el convidado).

¡Si esto era demasiado

para que lo sufriera!—

—¡Toma! Pues... si lo sufre de qualquiera...
yo no sé (repetía la señora)

por qué el bellaco se alborota ahora.—

Mas el pagano resolvió, no obstante,
marcharse, y al paciente

le demandó perdón humildemente;
a lo qual respondióle el buen marido:

—Hombre, no se levante,

que a mí no me ha ofendido

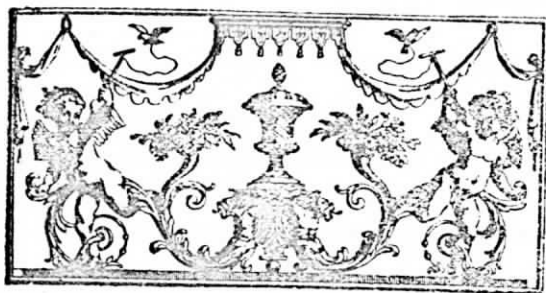
porque con mi muger dormir pretende:
sólo la poca religión me ofende

con que, habiendo apagado

la luz, en un momento

no diga: *Sea bendito y alabado*

e! Santo Sacramento.



AL MAESTRO, CUCHILLADA

Allá en tiempos pasados
salieron desterrados
de la Grecia los dioses inmortales.
Un asilo buscaban,
quando en nuestro hemisferio se fundaban
diversas religiones monacales,
y entre ellas, por gozar la *vita bona*,
se refugió el dios Príapo en persona.
De tal deydad potente el atributo
con que hace cunda el genitario fruto,
es que todo varón que esté a su vista
siempre tenga la porra tiesa y lista.

Conque de esta escelencia
sintiendo la influencia,
en todos los conventos donde estaba
el vigor de los frayles se aumentaba

de modo que las tapias eran pocas
para tener a raya sus bicocas.
Furibundos salieron y atacaron
a roso y a velloso;
pero, aunque más metieron y sacaron,
el efecto rijoso

no por eso cedía,
y cada miembro un roble parecía.
El dios Príapo al momento
vió que este monacal levantamiento
sus fuerzas desayraba,
pues más que él cualquier frayle trabajaba,
y por miedo a los rudos empujones
de tales campeones,
abandonarlos luego

pensó, tomando las de Villadiego.
Fuése, por no pasar el tiempo en vano,
a un convento de monjas de hortelano;
pero quando las madres recogidas
sintieron del tal dios las embestidas,
crecieron sus deseos
a par de los continuos regodeos,
tanto que al huésped molestando andaban
y a puto el postre daban y tomaban.
Entre ellas el potente fornicario

todavía estuviera
 si un caso extraordinario
 por su influxo viril no sucediera;
 y fué que, como siempre en los conventos
 hay algunos jumentos,
 en éste dos las monjas mantenían
 que los trabaxos de la huerta hacían;
 ytem más, un berraco había en ella,
 de gordura hecho pella,
 y un choto ya mancebo
 que para procrear tenía cebo;
 por desdicha, los pobres animales
 sintieron los impulsos naturales
 del dios que los cuydaba,
 y al tiempo que en la huerta paseaba
 la femenil comunidad en tropa,
 oliendo que eran hembras en la ropa,
 el cerdo con gruñidos,
 el choto con balidos,
 y los asnos a duo rebuznando
 y sus virotes a lucir sacando,
 tras de las monjas daban
 y, aunque corriesen, bien las alcanzaban;
 pero como enfiarlas no podían,
 en el suelo caían,

donde de polvo, sperma y otras cosas
 las dexaban molidas y asquerosas.
 Entonces protección al hortelano
 pedían, pero en vano,
 porque a los animales su presencia
 aumentaba la gana y la potencia.
 Así que esto las madres conocieron,
 por el Maligno a Priapo tuvieron,
 que, después de gozarlas,
 enviaba el Señor a castigarlas;
 conque, dando al olvido
 los méritos del dios antecedentes,
 después de que le hubieron despedido,
 quisieron, penitentes,
 de su buen confesor aconsejadas,
 sólo por éste ser refociladas.
 Priapo, despachado,
 se marchó a la mansión de un purpurado
 de geniazo severo,
 donde entrar pretendió de limosnero.
 El señor cardenal, con mil dolencias
 se hallaba, de sus obras consecuencias,
 con tres partes de un siglo envejecido
 y en la cama impedido,
 quando sus pages en la alcoba entraron

y al pretendiente dios le presentaron.

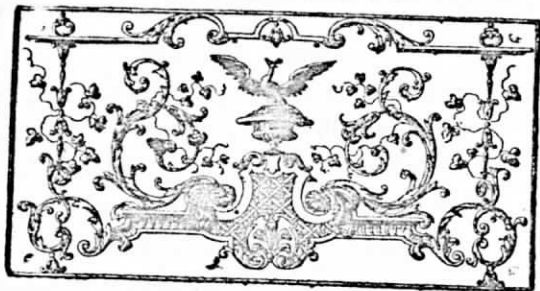
Ya había en ellos hecho
la presencia del huésped buen provecho
inflamando sus floxas zanahorias
de suerte que, tornando a la antesala,
las empuñaron con primor y gala
y se hicieron sus cien dedicatorias.
En tanto, el cardenal, que estaba a solas
con Priapo, sintió que se estiraba
el cutis arrugado de sus bolas

y que se le inflamaba
tanto su debil pieza,
que enderezó la prepucial cabeza.
Hallóse, finalmente, como nuevo
y, echándole al mancebo
una ardiente ojeada,
saltó del lecho, la camisa alzada,
cerró la puerta y atacó furioso
a Priapo a traición, que, valeroso,
vió que era, en tal apuro,
descubrirse el remedio más seguro.

Con efecto, impaciente
se desataca y muestra de repente
al cardenal impío
por miembro un mastelero de navío.

Quedóse estupefacto el purpurado
porque, a su vista, el suyo viejo y feo
era lo mismo que poner al lado
del Coloso de Rodas un pigmeo;
y mucho más, oyendo que decía
el dios:—¡Habrà mayor bellaquería!

Sacrilega Eminencia,
Eminencia endiablada,
¿quieres dar al maestro cuchillada?
Sepas que es mi presencia
la que tu miembro entona,
porque soy el dios Priapo en persona:
las cópulas protejo naturales,
pero no los ataques sensuales
de puerca sodomía;
y, pues gozar ojete es tu manía,
quédese el tuyo viejo,
que en sempiterna languidez lo dexo.—
—¡No, por la diosa Venus! (humillado
esclamó el cardenal). ¡A tí, postrado,
dios de fornicación, perdón te pido!
Mis sucias mañas echaré en olvido;
pues, más que en floxedad tan indecente,
quiero tenerlo tieso eternamente.



EL CUERVO

En un carro manchego
caminaba una moza inocentona
de gallarda persona
propia para inspirar lascivo fuego.
El mayoral del carro era Farruco,
de Galicia fornido mameluco,
al que, en qualquier atasco, daba asombro
verle sacar mulas y carro al hombro.
Un colchón a la moza daba asiento,
por que el mal movimiento
del carro algún chichón no la levante.
(Lector, es importante
referir y tener en la memoria
la menor circunstancia,

para que, por olvido o ignorancia,
la verdad no se olvide de esta historia.)

Yendo así caminando,
vieron un cuervo grande que, volando,
a veces en el ayre se cernía
y otras el vuelo al carro dirigía.

—¡Jesús, qué paxarraco tan feote!
(dixo la moza). ¿Y ese animalote

qué nombre es el que tiene?—

—Ese es un cuervo (respondió el arriero);
embiste a las mugeres y es tan fiero
que las pica los ojos, se los saca,
y después de su carne bien se atraca. —

Oyendo esto la moza y reparando
que el cuervo se acercaba
al carro donde estaba,
tendióse en el colchón y, remangando

las faldas presurosa,
cara y cabeza se tapó medrosa,
descubriendo con este desatino
el bosque y el arroyo femenino.
Al mirarlos Farruco, alborotóse;
subió sobre el colchón, desatacóse,
sacó... ¡poder de Dios, qué grande que era...!
y a la moza a empujones

enfiló de manera
 que del carro los fuertes enviones,
 en vez de impedimento,
 daban a su timón más movimiento.
 Y en tanto que él saciaba su apetito,
 ella decía: —¡Sí, cuervo maldito;
 pica, pica a tu antojo,
 que por ahí no me sacas ningún ojo!



LA SENTENCIA JUSTA

A cierta moza un húsar, y no es cuento,
 porque le socorriese en sus apuros
 del carnal movimiento,
 la prometió ocho duros
 y después sólo cuatro la dió en paga.

La moza, descontenta
 con esta trabacuenta,
 para que por justicia se le haga
 afloxar lo restante,
 fué a querellarse de él al comandante.

Era éste un hombre adusto,
 pero en sus procederes siempre justo,
 y antes de oír a la moza querellante
 quiso que el húsar fuese allí al instante.

Presentóse, en efecto, el demandado
y, siendo preguntado
por su jefe de dónde provenía
la deuda que tenía
con aquella señora,

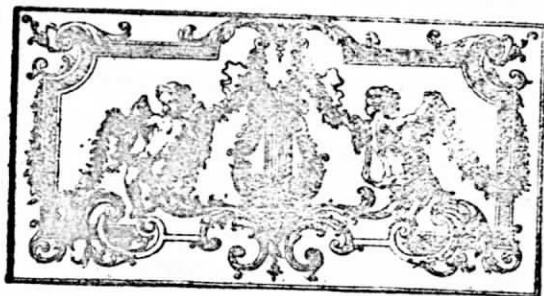
el húsar respondió: —Diga ella ahora,
si lo tuviese a bien, de qué dimana
una deuda que puede ser liviana.—

—No tengo impedimento
(la moza dixo entonces). Sabrá usía
que yo alquilé al señor un aposento
que vacío tenía

para que en él metiese ciertos trastos
que dixo le causaban muchos gastos;
me ofreció media onza por la renta
y ahora con la mitad pagarme intenta.—

Calló, y el húsar luego
empezó su defensa con sosiego
diciendo: —Aunque es verdad que ese fué el trato,
me salía más caro que barato,
porque yo solamente
pude meter un trasto estrechamente
en el zaquizamí que me alquilaron;
conque si dí por esto
la mitad de la renta, fué bastante,

y no creo que el resto
me obligue ahora a pagar mi comandante.—
A que la querellante, sofocada,
replicó: —Esa escepción no vale nada,
pues si tuvo el señor por oportuno
de sus trastos dexar alguno fuera,
no se quedó ninguno
por no tener en donde lo metiera;
que yo desocupada
otra pieza inmediata le tenía,
que, aunque es un poco oscura y jaspeada,
para los que sobraban bien servía.—
No dixo más, ni el húsar dió respuesta
que su defensa hiciese manifiesta;
por lo que el comandante
esta sentencia pronunció al instante:
—Vaya usted, señor húsar, y en la pieza
que la señora dice, con presteza,
meta todos sus trastos por entero
y páguela completo su dinero.



EL RAYGÓN

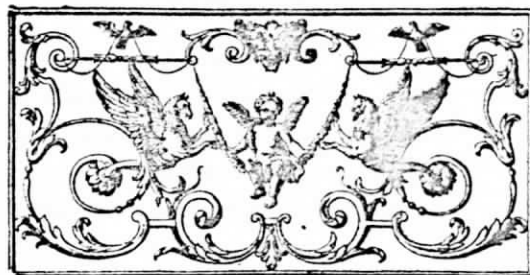
Mientras ausente estaba
un pobre labrador de su alquería,
su muger padecía
dolor de muelas; esto lo causaba
un raygón que, metido
en la encía, tenía carcomido.
En el lugar hacía de barbero
un mancebo maulero
a quien ella quería,
por lo qual mandó a un chico que tenía
le buscase y dixese
que a sacarla un raygón luego viniese.
El rapabarbas, como no era payo,
vino con el recado como un rayo,

y para hacer la cura
se encerró con la moza. ¡Qué diablura!
A veces son los niños de importancia
para que en la ignorancia
no se queden mil cosas
picantes y graciosas;
digo esto porque nunca se sabría
lo que el barbero con la moza hacía
a no ser por el chico marrullero,
que curioso atisbó en el agujero
de la llave la diestra sacadura
del raygón. Repitamos: ¡qué diablura!
La operación quirúrgica acabóse
y el barbero marchóse
dejando a la paciente mejorada,
mas del tirón bastante estropeada,
mientras el chico, alerta,
a su padre esperó puesto a la puerta.
Éste, a comer viniendo presuroso,
preguntóle al muchacho cuydadoso:
—¿Está mejor tu madre?—
Y el chico dixo:—Ya está buena, padre;
porque a poco que vino
el barbero a curarla,
quiso el raygón sacarla,

y se encerraron para... ya usted sabe;
 bien que yo por el ojo de la llave
 pude con disimulo
 ver que no sacó muela,
 sino que estuvo... amuela que te amuela,
 dale... y la sacó al fin de junto al culo
 un raygón... de una tercia, goteando,
 con sus bolas colgando;
 y al mirarlo, en voz alta
 dixo mi madre: «¡Ay, cómo me hace falta!».—
 En todas ocasiones,
 al buen entendedor, pocas razones;
 dígoles porque luego
 que éstas oyó el buen hombre, echando fuego
 por los ojos, a su hijo:
 —Ve corriendo (le dixo);
 dí al barbero que en nada se detenga
 y a sacarme un raygón al punto venga,
 que yo entre tanto prevendré una estaca;
 veremos si se lleva lo que saca
 ese bribón malvado
 cuando hace falta lo que se ha llevado.—
 Partió a carrera abierta
 el chico, y con la tranca de la puerta
 el padre prevenido,

a quien le había así favorecido
 con intención dañosa
 esperó, sin decir nada a su esposa.
 Erramos los mortales
 en nuestros juicios intelectuales;
 bien el proverbio aquí lo manifiesta:
 «Quien con niños se acuesta...»
 Pues, como iba diciendo de mi cuento,
 el chico en un momento,
 llegó a la barbería,
 llamó al autor de la bellaquería
 y le dió su recado.
 El hombre, descuydado,
 tomó capa y gatillo,
 y ya se iba a marchar con el chiquillo
 quando, por su fortuna,
 de sus ventosidades soltó una;
 lo que el muchacho oyendo
 le dixo sonriendo:
 —Bien puede usted, maestro, ahora afloxarse,
 que pronto ha de ensuciarse,
 pues mi padre, enfadado,
 del raygón que a mi madre le ha sacado
 porque falta le hacía,
 la tranca de la puerta prevenía;

y es que, sin duda, intenta
de lo que usted sacó tomarle cuenta.—
Quando esto oyó el barbero,
soltó capa y sombrero
y le dixo: —Para esa paparrucha
no es menester que vaya yo. Hijo, escucha:
corre y dile a tu padre
que le meta a tu madre,
si le hace falta, en el lugar vacío,
otro raygón que tiene igual al mío.



LOS RELOXES DEL SOLDADO

Dieron aloxamiento
a un tunante sargento
en la casa de cierta labradora,
viuda, joven, con humos de señora,
cuyo genio intratable
en breve con su huésped se hizo amable,
habiendo reparado
que era rollizo, sano y bien formado;
tanto, que dixo para su capote:
—¡Vaya! Tendrá un bellissimo virote.—
Al tiempo que cenaron,
mil pullas a los dos se les soltaron,
y después el sargento
dixo:—Patrona mía, lo que siento

es que mi compañía
 marcha al romper el día,
 por lo qual tendré que irme tempranito,
 y quizá no habrá en este lugarcito
 un reloj de campana
 que se oygan dar las tres por la mañana.—
 —Aunque no haya ninguno
 (la viuda respondió), yo tengo uno
 en mi corral guardado,
 que es más fixo que el sol por lo arreglado:
 mi gallo, que no atrasa ni adelanta,
 porque a la aurora sin falencia canta.—
 —Yo también (respondióla prontamente
 el sargento) un reloj conmigo tengo
 que, quando está corriente,
 todas las horas da que le prevengo;
 pero para arreglarle
 es preciso las péndolas colgarle,
 dándolas movimiento
 mientras que el minuterero toma asiento,
 que, en teniéndole a gusto,
 apunta bien y da las horas justo;
 mas yo, solo y cansado,
 no le puedo poner en tal estado.—
 —Lo hará el señor sargento con mi ayuda—

le dixo la viuda.

—Tanto mejor (exclama
 el tunantón); pero será en la cama.—

Y no lo dixo en vano;
 que, tomándola luego de la mano,
 al lecho la conduce
 y, halagándola, pronto la reduce
 a que en forma se ponga:
 el minuterero mete,

las péndolas le cuelga y arremete
 tan firme a la patrona a troche y moche,
 que dió todas las horas de la noche.
 Gustosa la viuda, aunque cansada,
 vino a dormirse hacia la madrugada,
 y también el sargento, sin cuydado,
 en el gallo fiado,
 cogió el sueño, contento
 de la repetición del movimiento.

Ya bien entrado el día,
 le despertó la priesa que tenía
 de marcharse temprano,
 porque no cantó el gallo, o cantó en vano;
 y viendo que ya había falta hecho,
 al corral fué derecho,
 pilló al pobre reloj de carne y pluma,

y con presteza suma
 el pescuezo torcióle
 y en el morral, colérico, metióle.
 Queriendo antes de irse
 de su amable patrona despedirse,
 volvió a entrar en la alcoba
 y encontró a la muy boba
 destapada y despierta;
 conque cerró la puerta
 y, montándola presto,
 la dixo:— Mi reloj se ha descompuesto
 otra vez y, antes de irme en tal estado,
 quiero que me lo pongas arreglado.—

La dócil labradora
 lo arregló y le hizo dar la última hora;
 y él, de la compostura agradecido,
 tomó la puerta habiendo concluido;
 mas ya en la calle, díxola en voz alta:
 —Si su reloj, patrona, le hace falta,
 no se la dé cuidado,
 porque andaba también algo atrasado,
 y yo, para ponerlo como nuevo,
 en mi morral a componer lo llevo.



DIÓGENES EN EL AVERNO

El cínico Diógenes de Atenas
 con su filosofía
 hizo, mientras vivió, mil cosas buenas,
 siendo su gran manía
 ponerse a procrear públicamente
 a sol radiante y a faldón valiente.
 Decía: —No es razón que a ver a un hombre
 morir se junten tantos
 y el ver fabricar otro les asombre
 para que hagan espantos.—
 ¡Ay; ya murió este sabio, y su tinaja
 le sirvió de sepulcro y de mortaja!
 Libre, después, del natural pellejo,
 descendió a la morada

de las errantes sombras, y el buen viejo
 la halló tan embrollada,
 que mandó de su cóncavo profundo
 la relación siguiente a nuestro mundo.
 Dice, pues, que llegando del Leteo
 a la terrible orilla,
 vió al anciano Carón, pálido y feo,
 sentado en su barquilla,
 procurando con mano intermitente
 dar a su seco miembro un emoliente.
 Las sombras de los muertos se agrupaban
 en fantásticas tropas;
 con ademanes lúbricos se alzaban
 las funerarias ropas,
 y trabajaban hembras y varones
 en dar el sér a mil generaciones.
 Atónito Diógenes severo,
 esperó a que acabara
 su operación prolífica el barquero
 para que a la otra orilla le pasara;
 el qual, luego que tuvo a bordo al sabio,
 le dixo así con balbuciente labio:
 —¡Oh cínico filósofo! Has llegado
 en un día al Averno
 de polución, pues hoy está ocupado

el gran Plutón eterno
 en procrear tres furias inhumanas,
 porque están las Euménides ya ancianas.
 A este fin, en su lecho, a lo divino
 embiste a Proserpina,
 y, en tanto, sus vasallos del destino
 seguimos la bolina.
 Bien puedes tú, pues hoy no han de juzgarte,
 en los Campos Elíseos embocarte.—
 Dixo, y le desembarca al otro lado.
 Diógenes, siguiendo
 su camino, gustoso y admirado,
 las obras iba viendo
 del luxurioso influxo entre los diablos
 de aquellos obscurísimos establos.
 El Can Cerbero y la Quimera holgaban
 en lúbrico recreo;
 las hijas de Danao se lo daban
 a Ixión, a Prometeo,
 a Tántalo, a Sisifo y a otros muchos
 condenados espectros y avechuchos.
 Minos también, y Caco, y Radamanto,
 alcaldes infernales,
 a las tres viejas Furias entre tanto
 atacaban iguales,